

La calle

Diario de un espectador

¡Árbitro vendido!

por miguel ángel granados chapa

Quién sabe dónde fue peor el espectáculo, dentro o fuera del estadio universitario. En la cancha, el árbitro cometió errores tan gruesos que el clásico grito que denuncia la parcialidad mercenaria de los jueces pareció justificarse más que nunca. Y afuera, a pesar de las previsiones, hubo violencia brava, en que una agenta policiaca resultó más golpeada que nadie.

Uno hubiera imaginado que un espíritu de duelo se apoderaría del fútbol mexicano el sábado y el domingo, la fecha 14 del campeonato de invierno (que comienza cuando aun estamos en verano) y que se moderarían las hostilidades, tanto las del balompié mismo como las que se provocan en las tribunas y a las afueras de los estadios. Pero no fue así. Se hubiera debido rendir homenaje a los muchachos muertos, partidos por un rayo, el viernes en Morelia.

Arturo Rafael Estrada Campa, José Alonso Torres García, Enrique Barriga Herrera, Carlos Mora Villalón, Jaime David Blancas Hernández y Josué Estrada Pérez nacieron todos en 1987. Tenían 14 años cumplidos o estaban por cumplirlos. Pero murieron repentinamente. Es seguro que ni siquiera tuvieran conciencia de su fin. Llovía, se refugiaron bajo un árbol y de pronto la muerte cayó del cielo. Los fulminó. Cuatro de ellos vivían en Morelia mismo. Josué venía de allí cerca, de Quiroga, camino a Pátzcuaro. Jaime David viajaba de más lejos, del oriente michoacano, de la antigua Tajimaroa llamada hoy Ciudad Hidalgo. Todos pertenecían a las fuerzas básicas de los Monarcas. Querían ser futbolistas profesionales. Ya no lo serán.

Ni siquiera se les rindió el homenaje de un minuto de silencio. No al menos en el México 68, el estadio de los Pumas. Recordar el infortunio de esos chamacos hubiera mitigado los ardores de americanistas y partidarios del club anfitrión. Ya se sabía que la tradicional rivalidad de los hinchas, como se dice en Argentina, causaría dificultades, y hasta se reforzó el mecanismo de seguridad dentro y fuera del estadio. Todo fue inútil contra la incivildad que se manifiesta desde la reventa y con el lanzamiento de proyectiles desde el anonimato de las tribunas.

Por si fuera poco, el árbitro pareció dedicarse más a instigar la violencia que a regular el juego, como es su deber. Quizá es demasiado novato. Apenas ha arbitrado una veintena de partidos profesionales. Quizá pasó una mala

noche. tal vez lo agravía alguna preocupación. O tal vez, como supone con facilidad el público y los afectados por sus decisiones, "se vendió", es decir recibió algún beneficio material por actuar como lo hizo. Claro que puede ser muy irresponsable decirlo, porque no se puede probar. Pero Delgadillo procedió de tal modo que si no se dejó sobornar estaba entusiasmado en hacerlo suponer.

Por lo menos en cuatro momentos dio esa impresión, aunque en el más importante contó con el auxilio --o la complicidad si sostenemos que hubo compra-venta-- del árbitro asistente número uno, J. Guadalupe Martínez: Frank Oviedo disparó sobre la portería de Jorge Campos, el balón pegó en el travesaño y al caer a tierra picó en la línea de meta, no dentro de la zona de gol, según lo vio todo el mundo, menos Martínez, que corrió a la media cancha como se hace tras una anotación. Y Delgadillo dio por buena esa decisión. En cambio, anuló después un gol universitario, de José Luis López, arguyendo una falta que no se cometió. Antes dejó de marcar una falta en la zona penal del América, cometida en agravio de Julio César Yegros. Y le dio pena expulsar al crema Pavel Pardo: ya lo había amonestado una vez y se disponía, ante una segunda falta, a sancionarlo de nuevo, pero se arrepintió.

Al final, los miembros del América tuvieron que disfrazar su salida, pues ya había habido violencia, con saldo de varios heridos, entre ellos una oficial policiaca.